

EL ENCUENTRO CON LA PÉRDIDA: "LAS DOS DEPRESIONES"

Javier Porras*

1) Hablaré hoy de "las dos depresiones". Creo que hay dos depresiones. Creo que hay una "primera depresión" que se puede situar en el primer momento en que llegan las personas afectadas a la consulta y dicen que están deprimidas. Eso es una depresión.

La "segunda depresión" se sitúa en una fase previa a la conclusión del tratamiento. Es una broma llamarla así. Me explicaré mejor: no se quedan mal, es evidente. Incluso es de un modo provisional que llamaré a eso una "segunda depresión". Lo aclararé más adelante. Explicaré en detalle las dos depresiones. Son muy distintas... afortunadamente.

En la "primera depresión" hay una ventaja que tiene el sujeto deprimido en relación al saber sobre lo que le ocurre. Es una ventaja que él aporta respecto de nosotros que estamos ahí como sus terapeutas (voy a decirlo así). Nosotros no sabemos aún qué ocurre, debemos preguntar y averiguar los datos que hay alrededor del punto en que se ha desencadenado eso que el sujeto dice que es una depresión. Y éste es otro problema. El dice

estar deprimido pero hay que ver de dónde ha sacado esa etiqueta y ese término. Ese diagnóstico que hace de sí mismo hay que ponerlo en suspenso desde el primer momento en que lo aporta en la sesión porque no sabemos qué es lo que el sujeto quiere significar con eso.

Creo que la "ventaja" que nos lleva el sujeto deprimido en ese primer momento del tratamiento hay que considerarla con bastante atención, sobre todo, porque en relación a esa "segunda depresión" que voy a intentar articular después, hay algo en su estructura que también tiene relación con el saber. Toda esa "ventaja de saber lo que le ocurre" que el sujeto tiene respecto de su analista, al final, esa ventaja se ha reducido. Se puede decir que, al final –aunque no es muy correcto decirlo así–, hay, parcialmente, un saber compartido. Y es justamente ese encuentro con el saber lo que le va a producir esa segunda depresión. A ésta la llamo ahora "segunda depresión". Después la voy a llamar de otra manera porque no es exactamente una depresión.

Entonces, en la primera circunstancia, cuando el sujeto llega y dice que sufre, su saber tiene la peculiaridad de ser un saber ignorado. Es un saber que no sabe cómo articularlo en el discurso.

J. Lacan citaba a Spinoza en relación a lo que éste había dicho sobre *la tristeza*.

Spinoza dijo que un sujeto estaba triste porque sufría de ideas inadecuadas.

Es importante tener esta frase de Espinoza muy en cuenta porque en

ella deja de lado cierta concepción que había hasta ese momento sobre la tristeza. Era una antigua concepción que decía que la tristeza era una enfermedad del alma.

El concepto de "alma" puede ser un poco vago a pesar de tener toda su pertinencia al hablar de la depresión cuando consideramos la "falta de ánimo" que embarga a un sujeto. Falta de ánimo para encarar las cuestiones de su vida diaria o sus intereses habituales. El término "ánimo" viene de "alma", "ánima".

Entonces, si nos olvidamos un poco de la antigua concepción y tenemos en cuenta lo que decía Spinoza, vemos que la depresión o la tristeza es un afecto que no está desarticulado del discurso, no es algo aislado que el cuerpo sufre por sí mismo, no es algo inabordable, sino que justamente es algo articulado a las ideas.

Es decir, si está articulado a las ideas, está articulado también a aquello que nos permite alcanzar las ideas, es decir, los pensamientos.

Y el pensamiento se produce en el discurso y pertenece al campo de la palabra y del lenguaje.

Entonces esto tiene toda su importancia en el terreno del psicoanálisis en tanto que el trabajo a realizar ahí, discurre, en su mayor parte, por la vía de la palabra.

Por tanto, si tenemos en cuenta lo que dijo Spinoza: "una persona triste porque tiene ideas inadecuadas", evidentemente, lo primero que tendría que hacer es ponerse a hablar. Esta es su intervención directa en el trabajo analítico. Este sería el único aspecto –en cuanto a la técnica analítica se refiere– a considerar por el analista. Su misión consiste en ayudar a que el sujeto

* Dr. en Psicología. Psicoanalista. Il Ciclo de conferencias en torno a la Salud Mental. Hotel Abashiri, Valencia, 19-IV-91.

ponga en palabras su mal.

Si está deprimido, que consiga hablar. Nada más. En la medida de que habla y de que le habla a alguien, puede ir desarrollando y poniendo en orden sus ideas.

Mejor dicho, en tanto que habla, puede establecer un hilo de pensamientos, un orden en sus pensamientos que le van a permitir rozar el mundo de sus ideas, de esas ideas inadecuadas.

Precisamente, el sujeto llega a nuestras consultas porque "no tiene ni idea" de lo que ocurre y piensa que esa idea que él no tiene, de lo que le ocurre, la tiene otro, su analista.

Esto tiene toda su importancia en el análisis y sobre esto vamos a construir toda la cuestión alrededor de la depresión. Pienso que, entendido de esta manera, es decir, si hacemos una distribución en una balanza

y ponemos los pensamientos en un plato de la balanza y en el otro plato ponemos las ideas, -en el sentido de que una cosa lleva a la otra, es decir, que si un pensamiento circula es porque intenta alcanzar una idea, podemos, entonces, entender mejor de qué se trata en la depresión. Es algo así como una estructura lógica.

En este sentido, la idea funciona como un objeto que tiene alguien y

que el sujeto, en la medida en que va a desarrollar su pensamiento, con él va a intentar atraparla.

Es lo que ocurre cuando alguien llega a las sesiones y dice: "Yo no sé lo que me pasa, no tengo ni idea". Es decir, por tanto, que él llega a nuestra consulta con la esperanza de que nosotros que estamos ahí tengamos esa idea que él confiesa no tener y sepamos qué es lo que le ocurre.

Es en este sentido que consideramos -que yo considero, al menos esa es mi idea-, a "la idea" como un objeto con el mismo estatuto que tienen otros objetos en el psicoanálisis. Es lo que al sujeto le falta y lo considera en poder del analista. La idea no es una palabra propiamente, ni un pensamiento. Es lo que escapa del pensamiento y de la palabra. No es exactamente algo del orden del saber en tanto que el saber está articulado a la palabra y al lenguaje. La idea es más bien del orden de los objetos que escapan al discurso.

Esta estructura se puede hallar tanto en el psicoanálisis como en otros tratamientos. Es, pienso, una estructura básica, general, y que es importante tener en cuenta porque permite al terapeuta saber cuál es su posición frente a los problemas que se le presentan en su consulta.

2) A partir de ahí se trata de invitar a hablar al sujeto. Entramos así en eso que es propiamente dicho el trabajo analítico. En esto radica la asociación libre. El sujeto debe decir todo lo que se le ocurre en la sesión, no va a seguir una directriz o un programa determinado. El va a asociar según le vienen a su cabeza los pensamientos. Al menos es lo que debería hacer. No siempre lo hace por-



que es una tarea más difícil de lo que parece y los analizantes necesitan de un tiempo para aprender. Pero ese es, en principio, el trabajo que habría que realizar.

En lo que eso desemboca al cabo de un tiempo –de un tiempo lógico y no un tiempo cronológico, puesto que dependerá del compromiso real que cada sujeto adquiera con el desarrollo de su trabajo analítico–, entonces, dependiendo de ese compromiso, ese sujeto puede, con el tiempo, descubrir, o mejor dicho, “crear” –éste sería el término más correcto– va a poder crear ese saber que ignoraba y que se supone que él poseía en ventaja al llegar a nuestra consulta.

Ese saber ignorado es semejante al que Sócrates permitía hallar escondido tras la ignorancia del esclavo. J. Lacan ha señalado esto una y otra vez en su enseñanza. Si no recuerdo mal, es en el “Menón” platónico donde se halla el diálogo sobre este problema. Sócrates le demuestra al esclavo que él sabe cosas que dice que no sabe. Basta con ordenar un poco sus ideas con esas preguntas que llevan la marca del mejor estilo socrático y, al final, el esclavo descubre que sabe matemáticas.

Nuestra tarea es un tanto parecida. Alcanzar, crear ese saber ignorado es toda una consecución. No hay que restar importancia a este hecho, aparentemente, tan sencillo.

Además, esa creación de un saber ignorado tampoco ocurre sin que haya habido un trabajo analítico. Por esto Freud descartó algunas de las técnicas que él utilizaba al principio. Al principio Freud utilizaba la hipnosis con un fin terapéutico y lo descartó porque si el sujeto estaba hipnotizado en las sesiones, no se

enteraba, entonces, de todo el trabajo analítico que él producía, es decir, de ese saber que interesa y que no se halla sin un trabajo que se haga, al menos, con el sujeto en plena vigilia.

El trabajo analítico produce que el sujeto tenga un encuentro con el saber. Un buen día, el sujeto entiende lo que le pasa. Nadie se lo ha dicho. Su analista no se lo dice directamente, le ayuda a descubrirlo. Si se lo dijera le restaría posibilidades de crearlo, aunque esto es un punto muy complicado que trataré en otra ocasión.

3) El encuentro con el saber que se produce tras un trabajo asociativo, produce una tercera etapa en el tratamiento. Es lo que se suele llamar “el fin del análisis”. Eso no supone que se acabe ahí el tratamiento. Es un proceso, una etapa, una nueva fase del tratamiento en donde se produce aquello de lo que había prometido hablar en detalle respecto de la “segunda depresión”.

Es importante subrayar que esta “segunda depresión”, de algún modo se produce como consecuencia del tropiezo del sujeto con el saber que le atañe. Sin ese encuentro, que no es necesariamente consciente, no habría esa “segunda depresión”.

Se trata de un momento muy importante porque es una depresión que se produce ahí mismo, ante nosotros, en la consulta que funciona así como una especie de laboratorio en donde se pueden controlar las variables. Ahora no ocurre como al principio cuando el sujeto aportaba una depresión que no sabíamos de dónde procedía. Ahora, es una depresión de la que conocemos perfectamente el camino que ha trazado hasta producirse

y el momento exacto de su producción. Ahora sabemos cómo se ha producido y qué es lo que está pasando. El sujeto ha llegado a determinado punto, se ha dado cuenta de algo y se ha deprimido.

Lo diré entre comillas, pero se trata de una especie de “depresión artificial” que se ha producido en el diván como consecuencia del trabajo analítico.

Podemos suponer que la depresión que ha conducido al sujeto hasta nuestra consulta tiene la misma estructura: un buen día el sujeto tropezó con algo que pertenecía al saber inconsciente y se deprimió. Estas cosas ocurren todos los días. Hay circunstancias en la vida que nos ponen a prueba y nos obligan a encontrarnos con un saber que ignorábamos por completo.

Pero en la vida exterior al psicoanálisis, esa estructura sólo podemos tenerla como un supuesto porque la depresión que se produce fuera del análisis pertenece al mundo de fuera del análisis y no a esa especie de laboratorio que es el diván en donde la gente llega, habla, y construye esa “depresión artificial”.

Además, fuera del análisis, las depresiones se construyen sin trabajo analítico. Hay encuentros brutales con el saber inconsciente que desestructuran a cualquiera. Si falta la preparación del trabajo analítico que entrena al sujeto contra ese encuentro en el saber y lo tiene ya advertido y a cubierto cuando éste se produce, entonces los efectos pueden ser desastrosos.

De manera que, si el primer encuentro con el saber inconsciente produjo la “primera depresión” que condujo al sujeto al diván, en la fase del final del análisis, se produce

otro encuentro con el saber inconsciente que produce la “segunda depresión”. Pero ahora, ese encuentro se produce con el saber que encarna la función del analista y no con un saber descartado y sin sujeto.

A partir de ahora vamos a cambiar el nombre a esta “segunda depresión” y la llamaremos “duelo”. Es así como se considera la “depresión”, término poco abundante en la terminología psicoanalítica. Se suele solapar su estructura a la del “duelo”.

Freud escribió un trabajo titulado “duelo y melancolía”. El duelo sería así una especie de cajón de sastre donde se coloca lo que es del orden de la depresión. El “duelo” sería también el modelo de eso que se produce en esa nueva etapa del tratamiento como consecuencia de un encuentro con el saber.

Lo que dice Freud sobre el duelo es algo así como que el vacío que un sujeto siente cuando muere un ser querido, él debe rellenarlo de alguna manera. Según sea el sujeto que padece ese vacío, así será su posición frente al duelo. Hay personas que no pueden soportar ese vacío y quedan melancolizadas de por vida.

En ocasiones la muerte de un hijo hace que la madre se “deprima” para el resto de sus días. No desarrollaré este punto porque sería un poco largo. Pero se puede decir alguna cosa.

4) Si recordamos lo dicho anteriormente sobre los pensamientos y las ideas, hemos de ver que es muy distinto que una persona se ponga a pensar sobre lo que le pasa y que ese pensamiento sea más o menos fluído o que no lo sea en absoluto, es decir, que

produzca ciertos avances o algunas cosas nuevas, como ocurre en el pensamiento de los neuróticos –neurosis obsesiva, neurosis histérica– o que no los produzca.

Cuando hay una situación de duelo en alguno de estos sujetos de estructura neurótica, hay un dolor, hay un pensamiento más o menos recurrente sobre esta desgracia sufrida, pero ese pensamiento va hacia adelante, progresa, no produciría una línea plegada sobre sí misma, cerrada, produciría más bien una espiral.

En cambio, en la melancolía, se trata de una figura plegada sobre sí misma. Yo no creo que se le pueda llamar “pensamiento” a lo que ocurre en la melancolía. Aunque el sujeto dice que piensa cosas, yo no lo consideraría igual que el pensamiento tal como ocurre en las neurosis. En la melancolía eso que dice pensar el sujeto está clausurado, una idea substancial que gira sobre sí misma.

Había dicho que las ideas producen pensamientos que intentan alcanzar a esas ideas, –quiero decir, mi misión hoy aquí es la de intentar desarrollar los pensamientos más adecuados que permitan alcanzar cuál es mi “idea” de lo que es la depresión, que por sí misma es una idea difícil, que no piensa de sí misma y que no se entiende con sólo pronunciar la palabra que la señala en tanto que “idea de la depresión”. Hay que encontrarla mediante un orden de pensamientos que son o que pertenecen a otro ámbito de lo que es, propiamente dicha, la idea de la depresión, que es, más bien, un fenómeno enigmático y que escapa a la comprensión. Pues bien, por eso estamos hoy aquí, para atrapar esa idea que se va construyendo a medida que nos acercamos a ella.

Entonces, en la melancolía, todo gira alrededor de la idea de esa muerte y el pensamiento no fluye, no sale de esa idea. La melancolía es así propiamente dicha, la idea que existe sin pensamientos que la puedan explicar. No hay dialéctica, no hay diálogo. El sujeto melancólico se cierra sobre su idea y se pliega en ella.

La división entre lo que es del pensamiento y lo que es de la idea y las articulaciones que existen entre ellos –o la falta de articulaciones, como ocurre en la melancolía–, es, a mi juicio, lo que puede servir para entender un poco mejor las diferencias y las semejanzas entre la depresión y la melancolía.

5) Volvemos al duelo tal como se produce en los casos en donde no hay estructura de melancolía.

Freud decía que había un proceso en el “yo” ante la ausencia por muerte de un ser querido que se podía llamar “trabajo de duelo”. El sujeto se identifica a algunos rasgos de esa persona que ha muerto. Cuando ha hecho un recorrido por una multitud de identificaciones a diversos rasgos del muerto, se acaba el duelo, concluye ahí y esa persona se olvida por fin del muerto, lo sustituye o hace lo que puede para reparar esa pérdida.

Eso es muy importante. Tal como lo plantea Freud, existe una división en el “yo” del sujeto en el que una parte le pertenece y la otra no le pertenece. Le pertenece a ese rasgo que el sujeto toma del muerto, el rasgo al que se identifica. Así, tenemos a dos personas en una. Bueno, no son realmente dos personas, es una parte del yo y otra parte es un rasgo del que ha muerto. Si lo pensamos un poco, observamos que eso tiene la



misma estructura que lo que le pasa a las personas que están deprimidas.

Un deprimido dice: “Yo quiero divertirme, pero no tengo ganas de divertirme”. O bien: “Yo quiero hacer algo y no tengo ni ganas ni ánimo de hacerlo”.

Esto tiene también dos partes: por una parte, el sujeto “quiere”, y por la otra parte, “no puede”, es decir, no tiene ganas.

Esto es una paradoja bastante sorprendente. Y tiene dos partes, tal como Freud decía que tenía el “yo” en el duelo. Una parte del “yo” del sujeto “quiere” y la otra “no puede” y que corresponde al rasgo identificado del muerto, o al revés.

Esta paradoja es algo insostenible para un neurótico. Es habitual que la gente no soporte bien ese querer y no querer al mismo tiempo. Es algo difícil de soportar. Incluso habría que pensar por qué hay personas que nunca se deprimen. Tal vez pueden soportar bien esta paradoja.

Pero hay que preguntarse, insisto, por qué hay gente que no se deprime nunca del mismo modo que nos preguntamos por qué hay gente que se deprime siempre. No veo por qué hay que tomar como premisa que lo normal es no deprimirse, en la vida hay muchas situaciones dolorosas o deprimidas.

Bien, hablaba del duelo tal como se produce en esa especie de segunda depresión, producida como consecuencia de un trabajo de análisis.

En ocasiones, hemos de extender el duelo no sólo al hecho de que alguien se muera. Lo mejor es considerarlo no sólo como la muerte sino como un abandono, una separación. Entonces, vamos a ver que la separación produce en el sujeto la misma división en su "yo" que cuando existe un duelo real.

Esta es una de las últimas fases por las que va a pasar un analizante si es que llega al final de su tratamiento. No todos aceptan llegar.

Es posible que, en esa fase, lleguen a enfadarse un poco con su analista. En efecto, han rozado un saber que no les acaba de gustar y le echan la culpa al analista. De ahí que un poco de prudencia a la hora de conducirlos hacia el saber no venga nada mal.

Llegados a ese punto, ellos dicen: usted no sabe nada, tiene la culpa de todo, etc... Entonces se produce un desinterés, una especie de depresión, algo que Freud llamaría algo así como una retirada de la libido de los objetos en los que se había investido, lo que quiere decir que dejan de interesarle, que tiene que cambiar su interés y colocarlo en otros objetos. Esto tiene que ocurrir y es bueno que ocurra. Es decir, que esta especie de trabajo de duelo, o de depresión que hay al final del análisis, no es en absoluto algo que produzca un sufrimiento. Es fugaz, puede durar unos días pero es algo de lo que se puede hablar. El sujeto nos dice: usted tiene la culpa de todo y fíjese cómo me ha dejado, estoy fatal, no me interesan nada mis estu-

dios o mi trabajo o lo que sea.

Bien, esto también forma parte del juego.

Lo que en un principio, en tanto que "primera depresión" no tenía interlocutor, ni culpable concreto, se ha convertido, después del trabajo analítico, en el encuentro con un "culpable", o mejor dicho, una función de culpabilidad, es decir, un analista al que el sujeto le intenta echar las culpas. Las culpas que primero debía soportar el propio sujeto, han salido al exterior y se han localizado en la persona o en la función de su analista. Este cambio topológico, como se puede entender, es necesariamente terapéutico.

Debo decir que si esa queja del analizante es en parte verdadera es en tanto que el analista ha sido el responsable de ese vaciado de la culpa o del objeto que hacía sufrir al individuo. Ese "ni idea" del que gozaba en un principio el sujeto, ha sido finalmente localizado en "una idea" de la que el analista hace el soporte de semblante.

Sin embargo, es una queja que ya no es del todo verdadera en el sentido del contenido de la queja. El sujeto se queja de haberse desinteresado otra vez, por ejemplo, de su trabajo, o de su afición favorita, después de una etapa de mejoría. Sin embargo, se observa que ese desinterés es ahora algo muy diferente a una parálisis de la actividad. Es, por el contrario, una fase de acumulación de energía para la actividad posterior, sólo un paréntesis, un compás de espera.

Es parte del trabajo analítico y es consecuencia de la estructura de la situación. Poco más tarde eso cambia; el sujeto se pone más contento, se da cuenta de algunas cosas que no entendía hasta ese

momento y se le pasa esa "segunda depresión" que llamamos "duelo".

6) Había pensado hablar de un ejemplo clínico. Pero es muy tarde ya y si me pongo a dar detalles del caso esto se hará eterno. Entonces, pienso que lo mejor va a ser que ponga un ejemplo de un pedacito de una película de la que estoy seguro que la mayoría de las personas que están aquí ha visto. Se trata de "El corazón del Angel", un film de Alan Parker.

Las películas son muy interesantes para hablar de cosas que se parecen un poco a lo que se escucha en los relatos de los analizantes. Las películas y las novelas nos cuentan historias de personas con la ventaja de que tienen localizados unos puntos muy destacados que evitan el trabajo de hacer un resumen del caso. Pienso que un psicoanalista o un terapeuta cualquiera, cuando debe preparar un caso para presentarlo a la comunidad de sus pares, está escribiendo una novela en el sentido de que tiene que hacer una selección de los rasgos más característicos de un sujeto, darles una forma y presentarlos a los demás, como hacemos hoy aquí.

La película que hoy comentaré nos permite avanzar con rapidez.

El detective Harold Angel es un personaje al que un tal Louis Cypher le hace un encargo para que vaya a buscar a un tal Jhonny Favorit, que es alguien que tiene una deuda con él. En ese momento no se sabe de qué se trata, pero Harold Angel, que es un detective privado que padece de aburrimiento y que no tiene muchas ganas de trabajar, acepta finalmente el encargo por una cantidad enorme de dinero que le ofrece el señor Cypher. Tras una trágica

búsqueda llega al final del film y el detective descubre quién es el llamado Jhonny Favorit. En ese momento le entra pavor. Supongo que recordaréis ese momento; Harold Angel le grita al mundo, de una manera desgarrada: "¡Sé quién soy! ¡Sé quién soy!". Lo repite muchas veces cuando él ha descubierto el horror de quién es él. Saberlo supone que es él mismo quien ha cometido todos los crímenes que se han producido durante la investigación que lo acercaba a su objetivo.

Lo que había ocurrido –tal como se explica al final del film–, es que Jhonny Favorit era un cantante famoso (sus discos eran muy conocidos en aquella época del gramófono), y, junto a su amante, había puesto a prueba un ritual satánico, un rito de sangre, y eso consistía en arrancarle el corazón al primero que pasara.

Efectivamente, pillaron a un soldado que se encontraba un poco perdido por la ciudad, se lo llevaron a una habitación, y le arrancaron el corazón impunemente.

Esto tiene todo su interés en la película porque hay un rasgo que se repite todo el tiempo: el detective tiene un miedo, una especie de fobia –el film sirve doblemente para estudiar la depresión y también la fobia–, a las gallinas. Cada vez que se encuentra con una gallina huye des-pavorido. Y todo lo que ocurre en la película es que se le aparecen una y otra vez gallinas. Aparece un señor negro que lo asusta un poco con una pata de gallina. Después hay una mano cortada y reseca que tiene la misma forma que la pata de una gallina... hay muchas gallinas en el film...

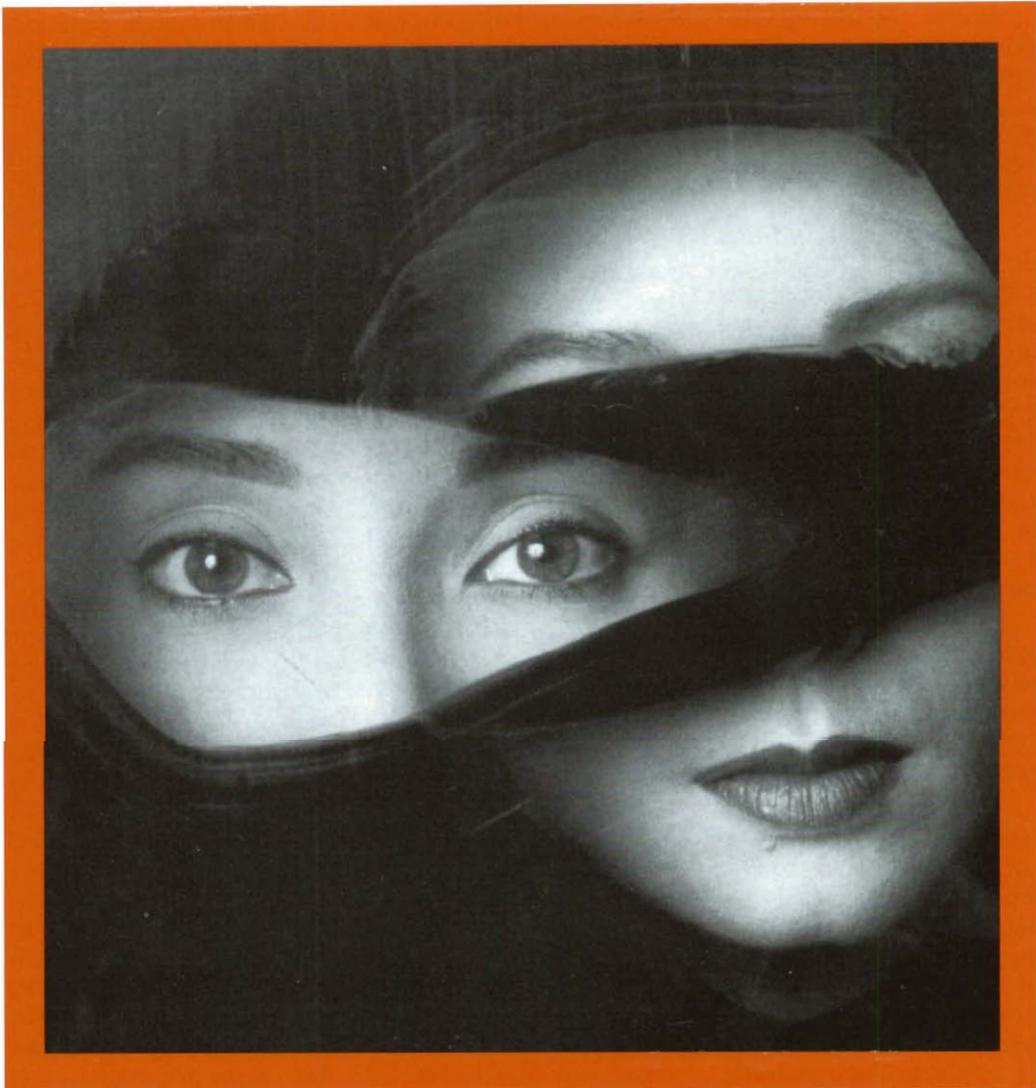
Yo creo que podemos encontrar alguna significación en este asunto de

las gallinas en el relato. Hay otro detalle importante al respecto. Hay una sacerdotisa que en un ritual vudú le corta el cuello a una gallina ante la atenta mirada de un Harold Angel que no tiene más remedio que soportarlo. Siempre lo mismo. Siempre gallinas para él.

Nos podemos preguntar con todo derecho por qué lo asustan tanto, aunque sólo sea para entender bien el film.

Cuando se explica lo ocurrido en el relato, resulta que Jhonny Favorit -Mike Rourke-, y su amante -Charlotte Rampling-, se habían metido en una habitación a hacer un ritual vudú y le habían arrancado al soldado la víscera más importante para su sangre de soldado, su corazón ardiente. Eso es algo equivalente a lo que hace la sacerdotisa en el film -Lisa Bonet-, al cortarle el cuello y hacer sangrar a la gallina. Lo más destacado de una gallina es quizás su carne. Sus huevos... no puede decirse que pertenezcan propiamente a la gallina, aunque los produzca. Son independientes de su cuerpo. Este es lo que más destaca de este animal para los que se la comen siempre que pueden. Pero antes se le quita la vida sacándole la sangre y el órgano que la pone en movimiento.

Además, hay en el film un momento en que Louis Cypher que es, propiamente dicho, "Lucifer", el diablo en persona, coge un huevo duro y le dice al detective: "En algunas culturas, el huevo de la gallina viene a significar el alma". Entonces, se mete entero el huevo duro en la boca y se lo come. Eso quiere decir que se ha comido el alma de la gallina. Si la gallina tiene dos partes: carne, es decir, cuerpo, y alma, ahora ya no le queda alma. Sólo cuerpo.



Entonces, claro, cuando Jhonny Favorit ha matado a un soldado para robarle su cuerpo y meter su alma dentro y esconderse en él para que Louis Cypher, el diablo con el que había hecho un pacto fáustico, no lo encuentre y le reclame su deuda -por eso el detective Harold Angel que es el propio J. Favorit ha matado a todo aquel que podía saber algo sobre él-; en ese sentido, el cuerpo del detective es sólo carne, sólo un cuerpo porque el alma es del cantante J. Favorit. Es así; Harold Angel es como las gallinas. Sólo carne. Por eso se asusta tanto cuando ve a una de ellas, pues le recuerdan su origen más preciso en el que él, su cuerpo, fue tomado como objeto de sacrificio como la gallina de la sacerdotisa en el ritual vudú, a manos de J. Favorit y de su amante.

Lo que Harold Angel ha ido haciendo a lo largo de su investigación es buscarse a sí mismo. Y esto es lo que lo hace interesante a la hora de compararlo con la búsqueda que un sujeto lleva a cabo en un tratamiento analítico en donde el sujeto, él también, se busca a sí mismo.

Si se pone todo esto en conexión con lo que decía antes de lo que decía Freud en relación al "yo" de los sujetos en el duelo, tenemos ahora que el sujeto tiene también aquí dos partes. Una de ellas es el cuerpo de H. Angel y la otra es el alma del cantante J. Favorit. Seguimos siempre la misma estructura.

Lo que ocurre cuando este sujeto accede a un saber sobre él mismo, cuando descubre quién es él, es decir, que él es el

personaje que iba buscando, entonces se horroriza, está hundido y grita: "¡Sé quién soy!"

Su rostro demacrado indica la desolación que lo invade cuando se da cuenta de todo lo que ha hecho. Se parece mucho al "Edipo Rey" de Sófocles. En el momento en que éste descubrió que había matado a su padre y se había casado con su madre se hundió.

En el film, H. Angel descubre que él es J. Favorit y eso supone que ha matado por mantener en la sombra esa identidad y que, además, ha cometido incesto, pues la sacerdotisa, con la que tiene relaciones sexuales era hija del cantante J. Favorit. Asesinato e incesto, al igual que en la historia de Edipo.